

consigo cuando tenga conciencia de que durante algún tiempo se ha entregado hasta tal punto que ha dejado de ser «imaginante» y por ende persona? Si la vergüenza moral consiste en un desacuerdo consigo mismo por el incumplimiento del deber, y la social por una anormalidad respecto de las formas de convivencia que creemos respetables, la vergüenza a que aludimos pertenece a una región más profunda, pues se enraiza en el supuesto según el cual somos personas y no otra cosa.

Claro es que no seríamos hombres si no nos habituáramos incluso a este circunstancial dejar de ser lo que somos; no obstante la singular vivencia «vergonzosa» nunca se pierde del todo.

De este modo ocurre que, cuando más perfecta es la película y mayor anonadamiento hay en el espíritu del espectador, más «vergonzosa» es la reacción ante el cine. No obstante, es un signo de nuestro tiempo que las masas se contenten con no pensar, arrojándose en brazos de la técnica a una esclavitud irredimible por estar precisamente en ese tercer período de «res facientes secundas res».

Por otra parte, la pérdida de libertad que comentamos va acompañada de la más completa impersonalización, o, exponiéndolo en su sentido inverso, homogeneización.

En la semiobscuridad de la sala con los contornos físicos difuminados y el espíritu cedido al espectáculo, ¿quién es quién, en ese mundo de sombras? Una impersonalización en la que sólo queda diferenciable el quantum emocional con que cada uno reacciona ante el espectáculo, pues la calidad de esa emoción viene a ser la misma; terror o alegría para todos. Esta es la miseria del cine. Su grandeza está en ese asombroso viaje más allá de la realidad habitual.

Viendo las cosas desde otro punto de mira, aunque en verdad nuestras miradas concluirán en el mismo blanco, consideremos la íntima adecuación del «cine» para la tragedia.

